

Una moto en el salón

EL PAÍS comprueba cómo 50.000 vecinos soportan 100 decibelios por la obra de la M-30. 250.000 viven a menos de 100 metros de las grúas

DANIEL VERDÚ - Madrid
EL PAÍS - 18-06-2006

Los vecinos han aprendido a convivir con el ruido, el polvo y los temblores

"Lo peor es el pitido agudo y penetrante de las máquinas cuando maniobran"

Sisinio Hernando tiene 82 años. Vive en el primer piso del número 164 de la avenida del Manzanares, en el distrito de Carabanchel. Su sofá está a unos dos metros de la ventana y a unos cuatro de las grúas y perforadoras de las obras de la M-30. De su ventana, que ha de abrir en estas fechas para que la brisa, cargada de polvo, diluya el calor del inicio del verano. Desde hace meses soporta con estoicismo los temblores y el ruido "infernial" que se han instalado con él y su mujer en su hogar. "Ya no podemos mirar por la ventana, pero pondremos todo el día el DVD que nos ha mandado el alcalde", dice con sorna su mujer, en referencia al vídeo promocional de la M-30 que el Ayuntamiento ha mandado a los vecinos.

Este periódico comprobó a mediodía del viernes cómo un sonómetro homologado marcaba debajo de su casa 105 decibelios. El equivalente a tener un MP3 a todo volumen en la oreja.

El pasado viernes, con el concejal socialista responsable en materia de Medio Ambiente, Pedro Santín, y un técnico de su concejalía, EL PAÍS midió los niveles de sonido causados por las obras en una zona, entre el puente de san Isidro y el de Praga, donde se estima que viven 50.000 vecinos. En diferentes puntos del trazado llegaban a duplicar los decibelios permitidos por la ordenanza municipal. El máximo está fijado en 65. En algunos casos, como en Virgen del Puerto, a la una de la tarde el sonómetro se disparaba hasta 90 decibelios. En Aniceto Marinas, 12, media hora antes, marcaba 114: el equivalente al ruido que emitiría una moto a escape libre o al de una discoteca. La OMS considera que existe riesgo de lesiones con una exposición prolongada a ruidos superiores a 80 decibelios, y establece el umbral de dolor del ser humano en 120 decibelios.

Cuando mira por la ventana, Sisinio ve una nube de polvo que cubre permanentemente el puente de Praga de Madrid. Los camiones entran y salen de la nebulosa y las perforadoras se comen las entrañas de la tierra. De fondo, el agudo pitido de la marcha atrás de la maquinaria marca el compás de la desesperación de los 250.000 vecinos que viven a menos de 100 metros de las obras de la M-30 en todo Madrid. Les quedan otros 12 meses.

"Así no podemos seguir viviendo". Fernando Valdivia, vecino de Sisinio, contempla el ejército de máquinas con el que se topa al salir de su casa, en un barrio donde el aire acondicionado no es frecuente. Frente a su portal deconstruye su desdicha. "Mucha gente dice que cuando termine quedará muy bonito y nuestras casas valdrán el doble. Pero yo no quiero mi piso para especular, es mi única vivienda y necesito vivir tranquilo", insiste. La semana pasada, asustado por los temblores que sufría el edificio, llamó a la policía. "Si ponía un disco, saltaba por la vibración; a la vecina de arriba se le cayó un cuadro y trozos de cornisa del patio interior se desprendieron", explica mientras el conserje y otro vecino asienten. Uno de los obreros confirma que la policía ha venido en varias ocasiones a causa del temblor producido por una máquina que ellos llaman *vibro*. Un aparato que emite enormes vibraciones utilizado para introducir y sacar los tubos por los que se inyecta el hormigón en las estructuras subterráneas de la obra. El Ayuntamiento ha aportado mediciones en las que descarta posibles daños.

Algunos vecinos han aprendido a convivir con resignación con el polvo, el ruido y los temblores. Pero la idea de un verano con las ventanas abiertas vuelve a despertar la indignación colectiva. El viernes por la noche, Javier Laforga y algunos de sus vecinos del Paseo de san Illán, cortaron su calle. "Llevábamos cinco noches sin pegar ojo. Los camiones pasan cada cinco minutos por debajo de mi casa, día y noche", relataba indignado. El incidente comenzó cuando la hija de un vecino de Javier, una menor, que paseaba al perro, tuvo que escuchar de un obrero si quería compañía. Ahí empezó la refriega. "Bajamos a la calle y la cortamos hasta las tres de la madrugada". Dicen que seguirán haciéndolo. "El alcalde prometió que no se trabajaría por la noche, y no lo están cumpliendo. ¿Lo peor? Ese pitido agudo y penetrante de las máquinas cuando maniobran", añadía.

Pero no es sólo el ruido. Ana Díaz se mudó hace 11 años a la calle de Los Puertos. Su madre sufre asma y bronquitis crónica. En la calle de Canarias la polución de la estación de autobuses amenazaba su salud. Hoy vive rodeada de polución. "Limpiamos dos veces al día. Tragamos polvo a todas horas", explica. "Mi madre ha recaído del asma y mi padre ha sufrido un edema pulmonar. Quizá es casualidad...", dice con ironía.

Manuel Hernando tiene grietas en su casa. "No creo que se nos vaya a caer, pero es que no nos dan información", se queja. Bajo su vivienda, a unos 30 metros, el Ayuntamiento está construyendo un *by pass*. "Han inyectado hormigón a unos 16 metros y el edificio se ha elevado tres milímetros. Si lo ha hecho de forma homogénea no pasa nada, pero si no es así, podría ser peligroso", relata. "Confío en que no pase nada, sólo pedimos información", concluye.

El 26 de junio, una delegación del Parlamento Europeo visitará las obras de la M-30. La Comisión Europea se pronunciará sobre la legalidad de las obras. "Estamos preparando pancartas en inglés para que puedan entender nuestro sufrimiento", explica un vecino.

http://www.elpais.es/articulo/madrid/moto/salon/elpepautmad/20060618elpmad_3/Tes/

Los vecinos y las obras de la M-30

Comercios al borde de la bancarrota

D. V. - Madrid
EL PAÍS - 18-06-2006

Juan José Barragán llegó una mañana a su tienda de motos de la avenida del Manzanares y la encontró completamente inundada. El agua procedía de un escape en las obras de construcción del nuevo colector de la M-30 a su paso por la avenida del Manzanares. Con resignación, la fue vaciando. "Con cubos y fregonas, quitando todo el lodo acumulado", cuenta con poco ánimo de rememorar la historia.

Desde hace un año, las obras de la M-30 que tiene enfrente de su comercio han ido reduciendo su volumen de negocio progresivamente. "Sólo tenemos a los clientes de siempre", explica preocupado. "Hemos perdido un 30% de las ventas. Pero eso es porque llevamos aquí 13 años, si no ya habríamos tenido que cerrar", dice, encomendándose a la fidelidad de sus clientes.

"Nos han fastidiado la entrada del local, no podemos sacar las motos fuera como solíamos. Y ahora, encima, quieren cortar las calles laterales por donde acceden la mayoría de clientes", protesta. "¿Sabes qué podemos hacer para denunciarlo?", pregunta desesperado.

El Ayuntamiento no ha ofrecido todavía ninguna compensación concreta por las pérdidas que miles de comercios colindantes a las obras de la M-30 están sufriendo. Son los empresarios los que deben acreditar dichas pérdidas para poder recibir una compensación. "Los empresarios no tienen esa información. El Consistorio debería recordarlo de igual modo que lo hace cuando es el ciudadano el que tiene que pagar", explica Salvador Bellido, presidente de la Confederación de Pequeñas y Medianas Empresas (Copyme).

Según datos de esta asociación, el comercio y los servicios de Madrid situados dentro del perímetro de la M-30 y aledaños están contabilizando pérdidas que se cifran en más de 500 millones anuales. Las causas que lo originan, según ellos, se encuentran en la profusión de obras que están desarrollándose en Madrid, incluidas las de la M-30 y la implantación de los parquímetros.

Copyme considera que estas coincidencias están desplazando el consumo a las grandes áreas comerciales, que son los grandes beneficiarios, ante la incomodidad de desplazamiento y aparcamiento que sufre Madrid en el perímetro señalado.

Cerca del taller de Juan José, en la confluencia con la calle del Delfín, Daniel Roibas, el encargado del taller de coches Automecánica Manzanares, cuenta los días que faltan para que terminen las obras. Quizá no le dé tiempo a ver el final desde el establecimiento donde trabaja. "¿Pérdidas? Adiós a un 75% de los clientes", relata. "Algunos clientes ven cómo está la calle de mal y vuelven hacia atrás. Otros ya ni siquiera llegan hasta aquí, porque en Antonio López hay un cartel que dice que la avenida del Manzanares está cortada", protesta. "Encima, con la cantidad de polvo y suciedad que levantan las obras, los coches se llenan de porquería y tenemos que lavarlos antes de devolverlos", añade Daniel.

http://www.elpais.es/articulo/madrid/Comercios/borde/bancarrotta/elpepautmad/20060618elpmad_2/Tes/

Gallardón productions presenta...

JESÚS RUIZ MANTILLA
EL PAÍS - 18-06-2006

Mira tú por dónde nos ha salido un plan de lujo para el fin de semana. Andábamos en casa un poco atiborrados de mundiales y del soniquete un tanto mareante y listillo de algunos comentaristas deportivos

cuando vi que el Ayuntamiento de Madrid había decidido distribuir 998.000 copias de un peliclón sobre la M-30. Mejor manera de probar mi nuevo *home cinema* no se me pasaba por la cabeza, así que me hice con una copia sin dudarlo.

Compramos unas palomitas, enfriamos unos refrescos y nos sentamos dispuestos a evadirnos con la última entrega de Gallardón Productions, que se ha metido de lleno en la era *Matrix* con el título *¿Quiere ver cómo va a quedar la nueva M-30?* Muy almodovariano, por otra parte, un homenaje claro a *¿Qué he hecho yo para merecer esto?*, que mira tú por donde, también habría servido para el caso.

La *pelí* va de una ciudad llamada Madrid en plena era apocalíptica, con atascos, accidentes, contaminación, ciudadanos atrapados en muchos nudos... No está muy claro quién ha contribuido a que las cosas vayan así. Se pasa por alto. La música, un tanto repetitiva. Acción trepidante. Y el guión, una clara apuesta por un mundo mejor. Fascinante si se ve en versión original pero, claro, con subtítulos que expliquen el significado de lo que hablan sus habitantes que emplean términos como: *trenzados en trébol*, *by pass* norte, *by pass* sur, soterramiento, conectividad...

Está bien que se hayan decidido los del equipo de Gallardón a entrar en la cosa audiovisual. Algunos *compis* suyos del PP ya habían explorado el realismo comprometido a lo Fernando León de Aranoa con aquellas campañas de Zaplana en el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales en las que se gastaron 29 millones de euros en 2004. Con ese dinero podían haber arreglado otros saraos, pero es que se preocupan tanto por mantenernos bien informados que la cosa enternece. Lo de Zaplana, que después de sus incursiones en el género de aventuras con *Terra Mítica* quiso buscar historias más intimistas, se titulaba *Lo nuestro son las personas*. Tuvo segunda parte: *Un año más, cumplimos*, sobre un país repleto de pensionistas riquísimos. Lo que se lloraba con aquello.

También Esperanza Aguirre buscó su *glamour* en ese campo con una serie del género hospitales, a caballo entre el Clooney de *Urgencias* y la mala baba del doctor House. Lo hizo para certificar que había cumplido su objetivo de cargarse las listas de espera. Estamos impacientes por ver la segunda entrega, en la que cuente el caso del doctor Montes. Bien podría titularse *El monstruo de Leganés*. Es una propuesta, eso sí, hay que aclarar antes quién es el malo de la película.

Pero el alcalde tenía que ir más allá. Por eso ha elegido la ciencia ficción para retratar su Madrid en esta obra llena de túneles subterráneos, grúas que ya quisiera George Lucas para sus batallitas de *La guerra de las galaxias*, tecnología avanzada y virtual. Menos mal que ha luchado porque sea una coproducción entre el Ayuntamiento y las 12 empresas implicadas en el asunto.

Aunque los efectos especiales son lo de menos. Lo que importa es el mensaje. La promesa de un Madrid sin atascos, sin accidentes, sin humos, sin polvo, con muchos árboles -254.000 cuentan en la película, *al loro*, Tita-; un Madrid lleno de ciclistas y corredores por los parques, con un río en el que se pesquen peces y los patos, quizá, algún día, se conviertan en cisnes.

Acabó la sesión y, confiado, cogí el coche. "¡Qué suerte vivir a un paso de la M-30!", pensé. Llovía, pero no me inquieté: "Ya ningún madrileño volverá a pronunciar la palabra colapso", me dije. Reflexioné un momento sobre los malos momentos pero enseguida llegué a la conclusión de que todo esfuerzo tiene su recompensa. No más polvo entrando por las ventanas, nunca más un atasco, se acabaron las talas de árboles, a partir de ahora plantarán para nosotros multitud de nuevas raíces con las especies más bonitas que jamás se nos habría ocurrido soñar...

Me llamó la atención un tranvía de los que van a pasar por los parques que se harán encima de las carreteras. Cuando se cruzó conmigo, observé que iba repleto de pensionistas con camisetas que llevaban la cara de Zaplana. También me saludaban unos médicos sonrientes que salían de operar en hospitales de lujo y que aprovechaban el tiempo libre que les había dejado la supresión de las listas de espera.

¡Vaya por Dios! ¡Qué mala pata! Una taladradora de la calle me despertó. Se me olvidaba comentar que el ritmo de la película deja bastante que desear, a los cinco minutos me quedé frito. De los 25 que dura le sobran 20, por ser generosos.

http://www.elpais.es/articulo/madrid/Gallardon/productions/presenta/elpepiautmad/20060618elpmad_10/Tes/